

Reflexiones sobre Des-Restauración y Arquitectura Defensiva

Carlos S. Porras Funes, arquitecto

Introducción

Desde los comienzos de la formación moderna de la disciplina de la Restauración Monumental, la arquitectura defensiva ha constituido un campo particularmente fértil donde se han venido expresando las distintas sensibilidades, en ocasiones contrapuestas, que fueron centro del debate a lo largo del siglo XIX. Incluso hoy, más allá de la tradicional controversia entre conservadores y restauradores, los castillos y fortalezas constituyen una tipología donde los postulados de la restauración arquitectónica se pueden plantear con mayor pureza.

Varias circunstancias ayudan a entender este hecho, en cierta forma singular, dentro del amplio panorama de los Bienes Culturales.

En primer lugar, debemos referirnos al origen medieval de la mayoría de estas edificaciones. Durante el siglo XIX, en el momento en que se definen los primeros “corpus” teóricos acerca de la Restauración de Monumentos, los edificios del período medieval fueron objeto de una especial atención, constituyendo, de hecho, el núcleo de las políticas estatales de restauración del patrimonio histórico en los países europeos.

Superado el marco conceptual de la Ilustración, se fue imponiendo paulatinamente una sensibilidad especial respecto a la Edad Media, un período histórico que hasta ese momento había aparecido relegado bajo el arquetipo de “edad oscura”. El historicismo romántico quiso ver en los monumentos medievales, particularmente castillos y catedrales, la materialización de los valores ahora recuperados, valores de orden espiritual, poético, religioso...

Por otro lado, no es casual que, precisamente en esos años se asistiera, en especial en el área centroeuropea, al desarrollo de movimientos de carácter nacionalista que buscaban y situaban el origen del “espíritu nacional” precisamente en acontecimientos desarrollados durante la Edad Media¹ cuyo legado material se identificará en adelante con la formación de la “nación moderna”, concepto que ahora se redefine. Estos monumentos serán, por tanto, erigidos en símbolos de estos acontecimientos y en consecuencia recibirán de manera prioritaria la atención de los incipientes estados modernos.

En España, este nuevo interés por el período medieval proyectado hacia el patrimonio edificado va a tener respuesta fundamentalmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, al hilo de la creación de la Comisión de Monumentos (1844), con sus articulaciones provinciales, que crearon como primera figura de protección patrimonial la declaración de “monumento nacional”. Así, el primer monumento declarado fue la Catedral gótica de León en 1844. Bajo el impulso de personajes como Amador de los Ríos, aparecen las primeras declaraciones de edificaciones defensivas: Alhambra de Granada (1870), murallas de Ávila y Tarragona (1884).

Las corrientes nacionalistas que vinculaban la formación de la nación con acontecimientos acaecidos durante la edad media, justificando así la protección de los edificios que los albergaron, tuvie-

ron asimismo su reflejo en nuestro país, más allá del siglo XIX. El caso del Palacio Real-Fortaleza de Olite es significativo. En 1924, al hilo de unas propuestas de *restauración en estilo* del monumento podemos leer los siguientes comentarios de los hermanos Yarnoz Larrosa:

“Navarra está obligada por imperativo patriótico, no sólo a procurar que en esas páginas históricas, hoy mutiladas y dispersas, no sean aventadas por el soplo de la indiferencia común, sino también a reconstituirlas con cuidadoso esmero, dándolas, con la ayuda de la investigación tenaz, unidad cronológica, forma y espíritu” (CALAMA; GRACIANI, 1998: 33).

Vemos pues, cómo fortificaciones, murallas, complejos defensivos, por diferentes motivos, han estado presentes, desde los inicios, en las distintas iniciativas de tutela y protección monumental. Este hecho debe entenderse como una muestra de la valoración que la sociedad ha realizado sobre estos monumentos. Pero no podemos olvidar las restricciones, tanto conceptuales como meramente materiales, de los distintos contextos históricos. En el caso que nos ocupa, las intervenciones de protección y/o restauración alcanzaron sólo a un número limitado de monumentos y se realizaron bajo el marco disciplinar del momento.

Más recientemente hemos asistido a la superación de los valores tradicionales que se atribuían a los monumentos integrantes del Patrimonio Histórico con el desarrollo del concepto de Bien Cultural. Esta formulación, que se ha ido matizando durante la segunda mitad del siglo XX, y que ha quedado incorporada en nuestros cuerpos legislativos, recoge, de forma integradora, componentes de la identidad cultural de una sociedad que hasta entonces no habían sido considerados.

En este contexto, la arquitectura defensiva, en sus distintas manifestaciones, presenta una gran riqueza de valores patrimoniales que justifican el renovado interés al que asistimos en estos años y cuyo exponente más reseñable, en nuestro entorno más próximo, lo podemos identificar en el Plan Andalúz de Arquitectura Defensiva, iniciativa de la Consejería de Cultura.

Tal y como se ha mencionado, queda patente la fuerte carga identitaria de estos edificios, objetos que vienen asociados a personajes y/o momentos históricos significativos para el grupo social, por lo que en cierta forma epitomizan el mismo concepto de Monumento² en su acepción tradicional. Pero, junto a este valor, otros vectores ayudan a la correcta interpretación de estas construcciones. El profesor Malpica distingue dos grandes líneas de investigación respecto a las fortificaciones atendiendo a la escala de trabajo. Así, señala, “una incide de forma primordial y de manera casi exclusiva en el edificio arquitectónico”, mientras otros “investigan principalmente la relación del castillo con el territorio, destacando las funciones que cumple respecto a la organización espacial” (MALPICA, 2003: 23). Es cierto que en función de la perspectiva desde la que se afronte el acercamiento al monumento podrán emerger distintos puntos de interés y que, en el caso de las fortificaciones, tanto la escala de “objeto” como la visión territorial, de sistema, aparecen como consideraciones ineludibles, como ahora veremos.

Analizadas desde una perspectiva de conjunto, a escala territorial, las fortificaciones presentan unas íntimas relaciones con la formación y definición de la estructura del poblamiento, y su inmediato correlato de control territorial, un sistema articulado en torno a núcleos o nodos, asociados en la mayoría de las veces a algún elemento fortificado. El posterior desarrollo urbano de estos nodos, hecho constatable en no pocos casos, junto a la propia indisolubilidad de los conceptos de ciudad histórica y estructuras defensivas, nos obligan a considerar las importantes implicaciones urbanas de estos monumentos.

Por otro lado, las recientes aproximaciones conceptuales hacia el territorio como contenedor de valores culturales y paisajísticos ponen de relieve la notable contribución de estas construcciones en la caracterización de un determinado entorno.

El paisaje se entiende hoy como una de las principales manifestaciones culturales. Así lo expresan Ojeda y Silva:

“La cultura territorial es el más elemental y el más complejo y elaborado patrimonio de una sociedad. Su elementalidad estriba en constituir el conjunto de respuestas primarias de cualquier comunidad humana a las limitaciones, dificultades y recursos que encuentra en su propio espacio vital. Su complejidad y elaboración emanan de la acumulación de experiencias fallidas y exitosas que han ido conduciendo a los productos más elaborados de dicha cultura territorial: los paisajes.” (OJEDA y SILVA, 2002: 71).

En este contexto las fortificaciones no pueden entenderse como objetos autárquicos, aislados en un escenario indiferenciado. La elección del lugar obedece siempre a una interpretación intencionada del medio, buscándose puntos de especial significación o relevancia, dentro siempre del marco cultural e histórico del momento. Puntos “estratégicos” en la acepción amplia del término.

Las fortalezas ocupan generalmente una posición dominante en el sentido físico, visual, caracterizando y cualificando indeleblemente el paisaje en el que se insertan y que a su vez configuran. Es la expresión más nítida de control territorial que en sus relaciones liminares configurará la estructura de poblamiento aludida.

Pero el concepto de paisaje implica unos componentes sensoriales, visuales. La fortaleza es percibida desde su entorno, en ocasiones, como una inmensa escultura en el paisaje con innegables valores plásticos como apunta Pereira (PEREIRA, 2002: 3). Pero también el entorno apreciado desde la fortaleza, la fortaleza como mirador y atalaya, tales son los componentes de esta experiencia del paisaje, que se nos ofrece en muchos ejemplos de Andalucía.

De esta forma, vemos cómo el fenómeno de la fortificación participa de unos valores que podemos denominar *territoriales*, y que, según los casos, pueden ser determinantes del carácter del monumento, aunque no los únicos.

Como se ha mencionado, desde el punto de vista del arquitecto o arqueólogo que interviene en un bien concreto de arquitectura defensiva es ineludible descender a una escala menor, hasta el nivel de objeto. Aquí se abre un campo de análisis donde cobran importancia cuestiones como la terminología, problema pertinaz a cuya clarificación se han dedicado ilustres investigadores³, o los estudios morfológicos y tipológicos, más directamente relacionados con la labor del arquitecto y que no pueden desligarse de las aportaciones arqueológicas, en especial en unos monumentos donde predominan generalmente los valores testimoniales, documentales e históricos sobre los artísticos.

Ciertamente, las taxonomías, los estudios de series comparadas, junto con las investigaciones arqueológicas, tanto sobre material subyacente como emergente, son en muchos casos la única metodología de datación que puede permitir establecer unas cronologías fiables, el otro gran asunto pendiente, y llave para un correcto análisis a escala territorial⁴.

Así, entendidas como objetos arquitectónicos o analizadas en su inserción dentro del sistema territorial y su percepción paisajística, las fortificaciones participan de una gran riqueza de implicaciones patrimoniales. Se trata pues, de una categoría de bienes donde se han manifestado tradicionalmente las distintas sensibilidades en torno a la Restauración Monumental, y que, actualmente, cobran renovada vigencia dentro de un contexto disciplinar más amplio. Constituyen, pues, un buen soporte sobre el que construir unas reflexiones sobre el tema que ocupa a este foro, la des-restauración, debate al que intentaremos contribuir en las líneas que siguen.

Restauración vs. des-restauración

Aún considerando las particularidades aludidas, no podemos aislar o extraer las intervenciones en elementos de Arquitectura Defensiva fuera del debate disciplinar, del que inevitablemente

participan. Vamos a continuación a trazar unas líneas generales que puedan acotar, siquiera instrumentalmente, dicho debate.

En una acepción organicista, el Monumento debe ser contemplado como “un ser vivo en continua metamorfosis, cuya configuración debe ser entendida, sus valores apreciados y sus carencias diagnosticadas en el marco de una correcta interpretación arquitectónica.” (FERNÁNDEZ-GALIANO, 2003: 17).

Así, entendido como organismo, toda intervención conlleva una modificación del estado anterior y, por tanto, en cierta forma, una “des-restauración” más o menos parcial de la operaciones que antecedieron.

Se trata de un hecho inevitable. Cada autor actúa desde su contexto histórico, proyectando los valores y criterios imperantes en su momento desde su sensibilidad y formación, lo que supone un cuestionamiento del trabajo que lo precedió⁵.

Tal vez convenga recordar en este punto cómo los objetos materiales carecen de valor en sí y por sí mismos siendo la propia sociedad la que “otorga” desde sus parámetros culturales el valor patrimonial en cada caso. Así se recoge en las modernas definiciones de Bien Cultural como la que hace la UNESCO: “todos aquellos objetos a los que se les reconoce un valor proporcionado por la cultura entendida ésta como la conciencia que una comunidad humana posee del propio vivir histórico y con la cual tiende a asegurar la continuidad y el desarrollo de sí misma (UNESCO, Politiques Culturelles, París, 1979).

Como consecuencia inmediata aparece la necesidad de acometer una valoración crítica, desde postulados actuales, del estado previo que permita establecer las limitaciones a su modificación-alteración. Una lectura comprensiva que dé cuenta de las “claves” que rigen la propia “metamorfosis” del Monumento, como comenta Fernández-Galiano, y determine la procedencia o acierto de las intervenciones precedentes⁶. Enfrentarse al Monumento como objeto artístico y documento, pero, sobre todo, como arquitectura que compendia ambos mundos.

De aquí la importancia de los Estudio Previos, que necesariamente deben provenir desde diversas disciplinas que den fe de la riqueza patrimonial del bien en toda su extensión. Esta debe ser la base sobre la que establecer la diagnosis entendida como operación interdisciplinar, sustento de la propuesta.

Por otro lado esta misma asunción de “parcialidad” y coyuntura temporal debe hacer tomar conciencia sobre el alcance de las operaciones actuales, en relación con su posible cuestionamiento futuro, bien sea por cuestiones técnicas, bien por la dinámica de los planteamientos conceptuales, considerando la reversibilidad de nuestra intervención.

En estas condiciones, cobra relevancia el establecimiento de una metodología de la intervención que aporte unas garantías al proceso más allá de las capacidades personales. Una metodología que, a partir de una diagnosis comprensiva del monumento, establezca una correcta valoración patrimonial y, como consecuencia, unos objetivos rigurosos. Así lo ha entendido la administración y así se intenta implementar en la mayoría de los casos.

La arquitectura defensiva y la disciplina de la restauración

Hablar de castillos y restauración nos remite, como se ha mencionado, a épocas pasadas donde los criterios de intervención se mostraban, al menos aparentemente, más definidos, cuando arquitectos y eruditos se agrupaban dentro de una de las dos tendencias dominantes: Restauradores o Conservadores. En España, donde históricamente los debates científicos y académicos han recogido los movimientos europeos con algunos años de desfase, fueron inicialmente mayoría los “restauradores” que además ocuparon en su día puestos de responsabilidad en la toma de decisiones de los

organismos públicos. Baste recordar a personalidades como Vicente Lampérez Romea, Juan de Madrazo (el gran impulsor y defensor de las teorías de Viollet-le-Duc), el Conde de Campo Alange, Matías Laviña, Rafael Contreras, etc.

Esto no quiere decir que los postulados conservadores no tuvieran eco en el panorama español. Sus primeros defensores aparecen en la década de los 80 del XIX en las figuras Juan Bautista Lázaro de Diego y José Urioste Velada. Pero la tendencia se consolida a lo largo del siglo XX, a veces en convivencia con la anterior, en torno a personajes como el Conde de Santibáñez del Río, Teodoro Anasagasti, Josep Puig i Cadafalch, Jeroni Martorell y, sobre todo, Leopoldo Torres Balbás.

De unos y de otros podemos encontrar ejemplos de intervenciones en arquitectura defensiva en las que se aplican los criterios, en ocasiones contrapuestos, fruto de la sensibilidad de cada autor en el contexto histórico y disciplinar en el que se tomaron las decisiones. Los planteamientos “restauradores” sobrepasan el siglo XIX de forma que encontramos ejemplos bien entrado el siglo XX: terminación del Castillo de Butrón Marqués de Cubas-Andrés Avelino (1879) Salamanca, los citados trabajos en el Palacio Real de Olite de los hermanos Yarnoz Larrosa (1924). En el grupo “conservador”, podemos calificar de paradigmáticas las intervenciones de Torres Balbás en el conjunto monumental de la Alhambra.

A pesar de que la historiografía ha querido ver en estos profesionales unos exponentes de unas formulaciones teóricas consolidadas, las certezas en las convicciones eran sólo aparentes. Siempre hubo defensores de lo que podríamos denominar vía intermedia, en la que las pautas de intervención vienen trazadas por el propio monumento. Ya en época muy temprana, en 1897 D. Luis María Cabello Lapiedra, en el Congreso de Arquitectos, exponía:

No es conveniente establecer reglas demasiado radicales para la restauración de los monumentos, y conviene examinar en cada caso particular la solución más conveniente, teniendo en cuenta que se deben completar las partes incompletas siempre que existan datos seguros para ello, pero de ningún modo si se presentan dudas para llevarlo a cabo, no debiendo suprimir partes o elementos de la construcción por querer unificar el estilo (CALAMA; GRACIANI, 2000: 15).

Esta pequeña reseña, además de defender unas claras limitaciones a las restauraciones *en estilo*, imperantes en la época, se adelanta a su tiempo al señalar la conveniencia del estudio caso por caso, esto es, obtener del propio edificio las claves que deben dirigir la intervención arquitectónica, más allá de la plasmación de una u otra teoría general. Pero desde qué óptica, con qué criterios.

Desde una posición actual, la aplicación de la metodología general de intervención, sustentada en el trabajo interdisciplinar y los Estudios Previos, se configura como el instrumento adecuado para la determinación de esas “claves”. La correcta valoración crítica del monumento y sus transformaciones nos puede llevar a cuestionar las intervenciones precedentes y en consecuencia proponer la restauración de alguna de ellas cuando, tras la ponderación del valor de esa intervención, se concluya que contraviene manifiestamente a las directrices establecidas por el equipo de trabajo⁷.

Tal y como se ha apuntado más arriba, en el caso de la arquitectura defensiva, una visión integradora del bien nos aconseja su análisis al menos desde las dos escalas, territorial-urbana y como objeto singular, a fin de garantizar una correcta diagnosis donde se dé cuenta de la riqueza patrimonial que ambas perspectivas nos aportan.

Conclusiones

En la actualidad estamos asistiendo a un renovado interés por esta tipología de Bienes Culturales que bajo la denominación generalista de “arquitectura defensiva” engloba, de forma instrumental,

una diversidad de construcciones, que si bien mantienen puntos en común, presentan asimismo unas caracterizaciones muy concretas. Castillos o fortalezas, aislados o formando parte del entramado urbano, cercas y sus componentes complementarios (puertas, torres de flanqueo...), torres de alquerías, torres vigía de interior, almenaras...) nos acercan a una realidad rica y diversa, en su origen temporal, en sus funciones a lo largo de su vigencia histórica, en sus implicaciones urbanas, en sus modos constructivos, etc. que nos obligará, en su tratamiento, a las necesarias matizaciones. Dentro del contexto disciplinar actual se impone, pues, el análisis detenido del caso concreto dentro del marco general de “valores” de los que estos bienes son depositarios.

Se ha realizado en las líneas precedentes un breve recorrido por diferentes tendencias frente a la restauración monumental que van decantándose a lo largo del siglo XIX y XX. Tal vez, precisamente el alto valor identitario que originalmente justificó el interés por estos monumentos actúa nuevamente como fuerza principal a la hora de su recuperación y no podemos decir que los planteamientos decimonónicos estén plenamente superados socialmente: Fuera del ámbito disciplinar, aún hoy, por “restauración de castillos” se sigue mayoritariamente entendiendo “restauración en estilo”, y eso es lo que, a priori, esperan los responsables municipales y, ciertamente, la mayoría de sus votantes.

Por otro lado, la extensión de la demanda turística, sector de innegable presión económica en nuestro país, a otros productos más cualificados como el “turismo cultural” o “turismo de interior”, ha generado una carrera por el posicionamiento de la oferta local, en la que los castillos y fortalezas ejercen como reclamo estratégico de los distintos municipios.

Algunas administraciones han tomado nota de esta realidad comenzando a implementarse “rutas turísticas” que se apoyan en estos monumentos, como la reciente “Ruta de los Castillos y Batallas” cuyo responsable científico es el profesor Eslava Galán, englobando fortalezas de las provincias de Ciudad Real, Jaén y Granada.

Ante este nuevo escenario se hace especialmente importante el rigor disciplinar, fuera de las urgencias y los plazos administrativos o electorales. Superar el marco del encargo concreto y situarse en una perspectiva general. Ser cauto y plenamente consciente del valor de las distintas fuerzas en acción a la hora de tomar decisiones que, en cualquier caso, tienen como mayor garante la aplicación de la metodología de intervención aludida en el presente trabajo: A pesar de asumir que, tal vez seamos “des-restaurados” en el futuro, poner todo nuestro empeño en realizar un trabajo tan riguroso como nos sea posible.

Notas

¹ Es un lugar común situar el redescubrimiento gótico nacionalista en el año 1772, cuando Goethe publica el opúsculo juvenil *Von Deutscher Baukunst*, un verdadero himno a la Catedral de Estrasburgo, donde se concentra el sentimiento colectivo de la nación alemana.

² Monumento”, del latín *monere*, recordar. Objeto material que “rememora” un personaje o acontecimiento histórico. En el contexto de la disciplina, el concepto de Monumento se forma asimismo a lo largo del siglo XIX.

³ A destacar los trabajos de Luis de Mora-Figueroa.

⁴ Las fuentes documentales desaparecen prácticamente si nos alejamos del estudio de lo que podríamos denominar “castellología feudal” en elementos de primer orden.

⁵ Baste recordar como ejemplo el caso paradigmático de la Alhambra granadina donde en la segunda mitad del siglo XIX actuó la saga de los Contreras y posteriormente, ya en el XX, Leopoldo Torres Balbás con los impactantes resultados que podemos comprobar gracias a la fotografía histórica.

⁶ Los procesos de cambio a lo largo de la “vida” de los edificios es un tema ampliamente tratado por Antón Capitel en *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*.

⁷ Cada intervención debe ser valorada dentro del propio contexto que la produjo. La profusión en la recuperación de merlaturas en murallas y adarves que encontramos en restauraciones recientes puede ser cuestionada si carecen de sustento documental u obedecen a una voluntad de figuración fácil y gratuita. Sin embargo no creo que nadie pretenda ahora la des-restauración de las obras de Berges en el Alcázar de Alcalá la Real, por ejemplo.

Bibliografía

- ACIÉN ALMANSA, M. La fortificación en Al-Andalus". En LÓPEZ GUZMÁN, R. (coord.) *La arquitectura del Islam occidental*. Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 29-41
- ACOSTA BONO, G. Cultura y territorio: El paisaje como interpretación. *Seminario gestión del patrimonio histórico. Interpretación y dinamización*. Sevilla, 2001
- BAZZANA, A. *Les châteaux ruraux d'Al-Andalus: histoire et archéologie des Husun du sud-est de l'Espagne*. Madrid: Casa de Velázquez, 1988
- CALAMA RODRÍGUEZ, J. M.; GRACIANI GARCÍA, A. *La restauración decimonónica en España*. Sevilla: Universidad, 1998
- CALAMA RODRÍGUEZ, J. M.; GRACIANI GARCÍA, A. *La restauración monumental en España, de 1900 a 1936*. Sevilla: Universidad, 2000
- CAPITEL, A. *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*. Madrid: Alianza Editorial, 1999
- CAPARRÓS LORENZO, R. Arquitectura militar en la Sierra de Segura: Una interpretación paisajística y territorial. *PH Boletín del IAPH*, 36, 2001, pp. 225-235
- CONVENCIÓN Europea del Paisaje. Florencia: Consejo de Europa, 2000
- ESLAVA GALÁN, J. *Castillos y atalayas del reino de Jaén*. Jaén: Riquelme y Vargas, 1989
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. *La restauración de los castillos, teoría y praxis. Castillos y arquitectura defensiva*. Madrid: Ministerio de Fomento, 2003
- GALLEGO ROCA, J. *Las murallas y la ciudad. Uso, conservación y restauración. La ciudad y sus murallas*. Granada: Universidad, 1996
- GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, I. *Conservación de Bienes Culturales. Teoría, historia, principios y normas*. Madrid: Cátedra, 1999
- ISAC, A. *Ciudad cerrada, ciudad abierta. La muralla en la historia de la ciudad. La ciudad y sus murallas*. Granada: Universidad, 1996
- JIMÉNEZ MARTÍN, A. Reflexiones sobre las fortificaciones y su destino. *Actas 2º Congreso Internacional sobre fortificaciones*, 2003: *Conservación y difusión de entornos fortificados*. Alcalá de Guadaira: Ayuntamiento, 2004
- LACUESTA CONTRERAS, R. Jeroni Martorell y la restauración de las murallas en Cataluña. *La ciudad y sus murallas*. Granada: Universidad, 1996
- MALPICA CUELLO, A. *Los castillos en Al-Andalus y la organización del territorio*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2003
- MARTÍNEZ ENAMORADO, V. *Un espacio de frontera. Fortalezas medievales de los valles del Guadalteba y del turón*. Málaga: Universidad, 1997
- MORA FIGUEROA, L. *Glosario de arquitectura defensiva medieval*. Cádiz: Universidad, 1996
- MORALES MARTÍNEZ, A. J. Arquitectura militar, un patrimonio entre el olvido y la invención. *PH Boletín del IAPH*, 36, 2001, pp. 197-204
- OJEDA RIVERA, J. F.; SILVA PÉREZ, R. *Aproximación a los paisajes de la Sierra Morena andaluza. Paisaje y ordenación del territorio*. Sevilla: Fundación Duques de Soria, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Junta de Andalucía, 2002
- ORDIERES DÍEZ, I. *Historia de la restauración monumental en España, 1835-1936*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1996
- La MEMORIA selectiva 1835-1936: cien años de conservación monumental en la Comunidad de Madrid. Madrid: Dirección General del Patrimonio. Consejería de Educación y Cultura, 1999
- PEREIRA, P.; GOUVEIA MONTEIRO, J. G. *Castelos portugueses*. Lisboa: Ippar, 2002
- RODRÍGUEZ TEMIÑO, I. Moenia sacra sunt. *Actas 2º Congreso Internacional sobre fortificaciones, conservación y difusión de entornos fortificados de Alcalá*. Alcalá de Guadaira: Ayuntamiento, 2004